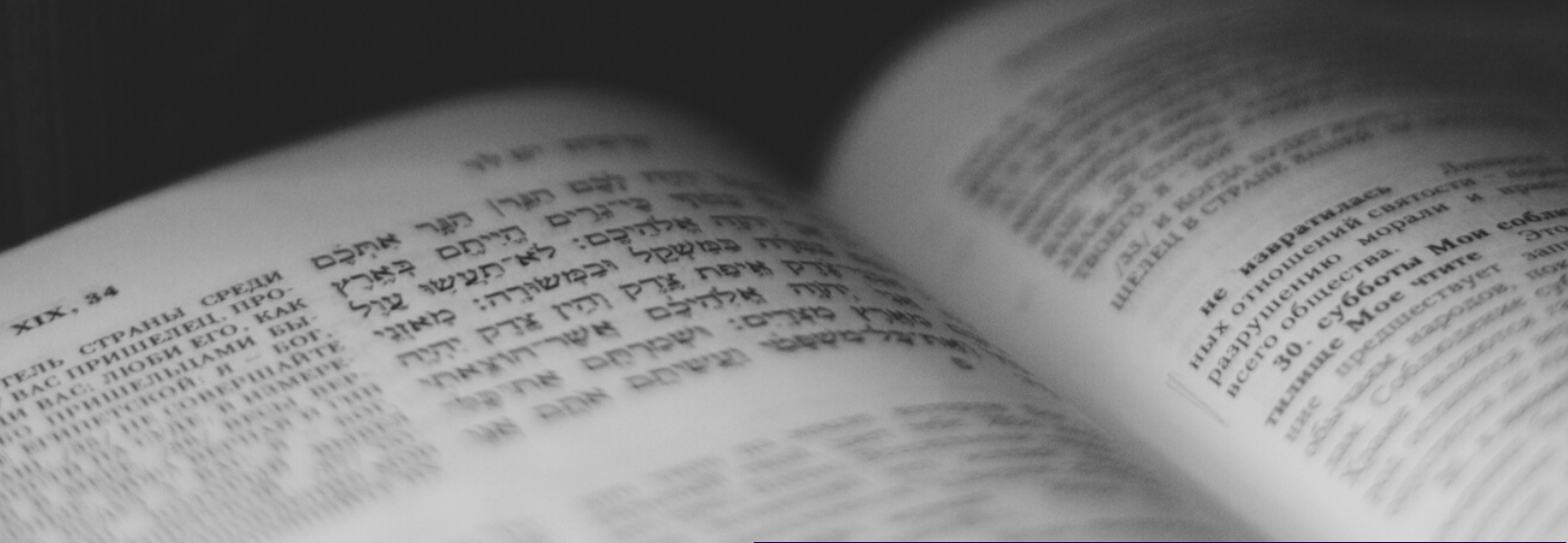


EL PROPÓSITO DE LA CREACIÓN

CLASE 2 | RAB. DANIEL KARPUI

SOBRE EL ORIGEN DE LAS ALMAS, EL BIEN Y EL MAL,
Y EL SENTIDO DE LA VIDA





En el último encuentro vimos que los Cielos relatan la obra de la Creación, el mensaje de lo Trascendente. Pero no relatan conclusiones, sino enunciados. Las conclusiones deben ser alcanzadas y obtenidas, sacadas por quien es capaz de pensar, escuchar y hablar.

El único modo de transformar palabras ajenas en propias es sacando conclusiones y esa es la principal tarea del hombre.

Un hombre no es lo que escuchó o habló, sino que es la suma de sus propias conclusiones. La tarea que determina la forma esencial del hombre, se construye en base a las conclusiones que saca, y no a lo que escucha o puede razonar. La grandeza del hombre radica en la posibilidad de escuchar la voz de todo y de todos y de transformarla en conclusiones propias.

Transmutar todo en palabras propias. En un punto, la persona tiene la opción de aceptar de modo pasivo los enunciados o, transformarlos proactivamente en conclusiones. En ese preciso punto se abren los caminos y la posibilidad del bien y del mal.

EL TODO. LA PARTE Y EL TODO

Este punto donde es importante sacar conclusiones, refiere a las que nos forman o las que nos pueden inclinar al bien o al mal. Desde los cielos nos hablan, nos enseñan y nos muestran una realidad concreta, que es difícil no aceptar tal cual es. El sol brilla y calienta, el agua moja, el fuego quema.

Pero cuidado, la realidad nos es mostrada, enseñada, a cada uno de nosotros. A mí me hablan y a mí me interpelan, y soy yo quien debe sacar la propia conclusión personal.

Cabe preguntarse cuál es el punto que da lugar al error, porque cada uno saca su conclusión y hace lo que le parece.

Si no se trata de recibir un enunciado sino de sacar conclusiones... eso no significa que mi conclusión sea diferente a la tuya, pero mi perspectiva sí es diferente a la tuya.





Eso determina la forma particular y única de cada uno de nosotros. No discrepamos acerca de la realidad, sino acerca de la perspectiva personal sobre la misma. La suma de las perspectivas y conclusiones, desde nuestra perspectiva única y exclusiva, es importante. (No significa que dos más dos es cuatro y, para otro, es cinco). Quizá sea una de las mayores transgresiones posibles, simple y pasivamente, aceptar la realidad tal cual es. Mi maestro decía que el hombre influye activamente o están influyendo sobre él: el hombre actúa sobre el mundo o el mundo actúa sobre él. No existe un punto neutro de relacionarnos con la realidad. Aceptar la realidad tal cual es, como un dato, como una sumatoria de enunciados es algo que también una mascota puede hacer. Un gato acepta la realidad como es y se adapta: o encuentra a alguien que lo alimente, o come de un basurero. Acepta la realidad y se adapta, se adecúa y se acomoda, pero el hombre es el único capaz de transformar los enunciados en conclusiones. Es el único capaz de transmutar la realidad en su realidad. La realidad en mí realidad. El ser humano es el único ser idóneo para convertir lo objetivo en subjetivo y lo subjetivo en esencial.

Dos enfermos de una misma enfermedad (una realidad) se comportan ante ella de distintas maneras, no porque los resultados médicos sean diferentes sino porque sus conclusiones personales los llevan a actuar de manera dispar. Las conclusiones particulares determinan su actitud, su modo de abordar una misma realidad.

Uno puede observar un paisaje marino y pensar en la pesca, otro en sus vacaciones y un tercero escribir un bello poema. El enunciado y la realidad son iguales, las conclusiones son diferentes. El estudio de la sabiduría de la kabbalah puede permitir ver la propia realidad con otros ojos. La intención no es ayudar a juntar información, sino posibilitar un cambio de lo subjetivo y esencial de la realidad cotidiana de cada estudiante. Es el máximo desafío posible y lo mínimo que debiéramos intentar alcanzar, no aceptar la realidad tal cual es, sino transformarla en nuestra realidad (en mi propia realidad). La pregunta que menos nos formulamos es: ¿Qué viene la realidad a decirme a mí? ¿Alguien puede suponer que dos personas que aman sienten lo mismo? ¿Habrán existido dos plegarias similares en la historia de la humanidad? Los sabios, en el Talmud, nos enseñan que Abraham estableció la plegaria matutina, Itzjak la vespertina y Iakov la plegaria nocturna. Parece un dato técnico. Pero esto habla de la esencia de cada uno de los patriarcas, de los diferentes modos de vincularse con un mismo y único Dios. No debemos dejarnos guiar por la realidad ni ser arrastrados por ella, porque anulamos nuestro punto de máxima grandeza, el grado que nos distingue del resto de las criaturas. Génesis 2.7 dice: Y el Eterno Dios formó al hombre del polvo del suelo y sopló en sus narices aliento de vida y el hombre se convirtió en un alma viviente.





Dijimos que el alma viviente es la conciencia y el habla: la palabra, la posibilidad de la conclusión. Creo que habría que entenderlo más profundamente: Se habla del alma viviente, del Nefesh Jaiá. La conclusión fortifica al ser viviente que hay en mí, lo construye, le da forma. El ser viviente nos remite a la vida, que siempre es absolutamente personal. Yo no sé lo que es la vida, se lo que es mi vida, estar vivo. La vida es lo más personal e íntimo que podamos suponer. Yo no puedo darte mi vida, puedo compartirla contigo. Quien no ha logrado pasar de lo objetivo a lo subjetivo y de lo subjetivo a lo esencial no ha llegado al nivel de Nefesh Jaiá y vive exiliado de sí mismo. No conoce ese punto vital esencial. El que no lo ha logrado está fuera de su propia casa. Exiliado. Si debo resumir lo que se dice sobre los que adherimos a una tradición determinada es que hay un sistema que, en cada situación, nos dice lo que debemos hacer (algo así como que es mucho más fácil). El que pertenece a una tradición tiene un librito donde está escrito cómo debe actuar, y lo tiene todo resuelto. Lo que vemos hoy es justo al revés. Todo lo que es una realidad objetiva, conocida, sabida, que nos lleva a un sitio determinado, necesariamente anula lo esencial de nuestra persona, no nos deja hacer el trabajo espiritual que nos distingue y transforma en alma viviente. El que vive de ese modo, según la costumbre o tradición (si mis ancestros se comportaban así yo los imito) se va a sostener en el tradicionalismo hasta que una generación deja de aceptarlo y busca, y necesita, vivir de acuerdo al sello particular y exclusivo de su alma. ¡Qué jamás te baste con el sello del alma de tus antepasados! Eso no es respetarlos, eso es imitarlos. Cuando la coherencia con tu identidad es tibia no te falta información, te falta profundidad, necesitas hacer el trabajo de llegar al punto del alma viviente. Se pueden discutir ideas o perspectivas, pero no se debe rivalizar contra el sello de identidad de un alma.

En el Talmud de Babilonia tratado Baba Kama 38 A está escrito, un hombre prefiere una medida o porción propia más que nueve de su prójimo. La persona prefiere la décima parte de la realidad, pero que sea suya. Los sabios no se refieren a un tema de posesión, sino al valor de lo absolutamente propio y esencial. Mil enunciados no tienen el valor de una conclusión. Si optamos por mil enunciados solo tendremos mucho, pero si nos quedamos con la propia conclusión tendremos todo. Podemos elegir quedarnos con los mil enunciados y, muchas veces, sentirnos muy vacíos, pero una sola conclusión puede colmar nuestra alma por completo. Da la sensación que pretendemos enfatizar la propia realidad sobre la Realidad. Sí y no. Cuando profundizamos notamos que lo que llamamos mi modo de entender las cosas, mi prisma particular, mi realidad, mi particularidad, tampoco me pertenece.





Ej.: puedo observar un árbol, su follaje y tronco, y pensar: es un árbol. Puedo observarlo y detenerme en la complejidad y particularidad de su follaje, en la textura y aspereza de su tronco, y pensar qué árbol único, diferente. Puedo también observarlo, detenerme en sus complejidades únicas, disfrutar sus particularidades y llegar a la conclusión de que, a pesar de todo ello, el árbol es parte integral de una realidad compuesta por árboles únicos y diferentes. Esto significa que, cuando capto mi particularidad, que existe (siempre hay alguien que dice esa persona es especial, mientras otro dice todos somos especiales y maravillosos pero en alguna gente se nota más que en otros, como en Luzzatto), mi conclusión, y además no solo lo convierto en mi perspectiva sino en mi verdad, comienzo a dar el primer paso hacia el abismo: confundo mi propia perspectiva con la Verdad. Y se torna peligroso porque me lleva a dos conclusiones erróneas y disparatadas: todos los demás se equivocan, y el yo mismo lo coloco por encima del Todo. Me capto cual ente independiente, autárquico y separado, y me transformo en una hoja al viento. Porque soy único dentro de una realidad compuesta por entes únicos y separados. Mi particularidad, mi yo, no está enfrentado al todo, es parte de ese todo, manteniendo su particularidad intacta y consciente, siendo, a la vez, parte de Todo. No tengo que apartarme para destacar lo diferente que soy, no lo necesito. La raíz de todo mal es captarme como un ente separado del Todo. La raíz del bien es descubrirme y percibirme mencionado, nombrado, arropado, por lo que el Cielo me relata, como dice el salmista. Yo también soy parte de Eso. No es que el Mundo me habla, está el mundo, mi trabajo, y yo. Mi trabajo es encontrarme dentro de eso, pertenecer a Eso.

Es decir, el relato de la Creación, su voz y su mensaje, incluye también a quien lo escucha. El violinista es parte integral de la más sublime melodía. No son dos, solo Uno. Mi tarea es no perder la consciencia que ha de ser cada día más yo, estoy haciendo mi parte para que ese Todo sea más perfecto. Podemos preguntarnos por qué empezamos por aquí... Porque esto está enraizado en el texto de Luzzatto. Ahora se entenderá por qué necesité llegar a esto. El texto está escrito como un diálogo entre el alma y el intelecto. ¿Será un recurso literario? Es difícil adjudicarle eso a Luzzatto. Lo que más sorprende es que quien pregunta es el alma. La pregunta que no viene de ese lugar no merece respuesta.

Cuantas veces entramos en argumentos o discusiones y la otra persona no está preparada para ello. El otro está haciendo una pregunta a nivel intelectual. Lo principal del hombre es llevarlo a la conclusión. Llevar lo objetivo, la realidad, a lo subjetivo y de ahí a lo esencial. Si la pregunta no nos hace doler el alma -no la moviliza-, es porque no está madura para recibir una respuesta.





Me llama la atención, sobre todo en los jóvenes, que los que más preguntan o cuestionan, finalmente son los más preparados para acceder a la profundidad del tema tratado. Hay algo que los afecta y moviliza. Por eso el seminario que estudiamos se armó como un diálogo entre el alma y el intelecto. Luzzatto comienza así en su libro: ALMA: Deseo y aspiro resolver algunos temas, acerca de los cuales se ha escrito (Deuteronomio 4:39): "... Confirmaras en tu corazón que el Eterno es el único Dios...", esos principios de nuestra fe cuyo conocimiento toda persona debe alcanzar en el grado de su inteligencia. El versículo de Deuteronomio dice: lo sabrás hoy, intelectualmente lo conocerás hoy, pero después de eso lo internalizarás en tu corazón. Hay dos trabajos, entender la propuesta de la realidad con buena memoria y buena cabeza, para llevarlo de lo objetivo a lo subjetivo, y de allí a lo esencial, a nivel de Alma. Todo lo que no está en ese nivel hay que llevarlo allí, sino siempre tendrá razón el que más haya estudiado a los presocráticos sofistas, el que mejor plantee la situación, intelecto contra intelecto, pero contra el alma no se puede discutir, no hay discusión posible. Es como si alguien nos pide la demostración de estar vivos. El estar vivo se capta de modo esencial. ¿Cómo se exterioriza o se pone en palabras? No se puede. Para el intelecto probablemente no exista, pero yo estoy seguro que estoy vivo. Con una seguridad más profunda y esencial que la que la razón me explica.

El que no puede llevar a nivel personal lo estudiado, lo que se le enseñó, puede lograr obtener solo una propuesta intelectualmente interesante. Luzzatto (*1) para escribir este libro arriesgó su vida, porque estos temas estaban prohibidos, pero lo hizo igual, y en clave, aparentemente simple, pero para entender hay que escudriñar en las profundidades. Entendió qué es lo que debía hacer porque, sin eso, estaba desperdiciando su vida.

(*1) Nota sobre el Autor. Daat Tevunot, Editorial Obelisco. RABÍ MOSHÉ JAIM LUZZATTO -conocido por las iniciales de su nombre como Ramjal- sabio cabalista italiano, nació en la ciudad de Padua en el año 1707 y falleció en la Tierra de Israel a los cuarenta años, el 26 del mes hebreo de iyar de 1747. Su padre, Jacob Jai Luzzatto, fue un próspero comerciante de sedas y era contado entre los miembros más notables de su ciudad. Su madre también descendía de la familia Luzzatto. Ya desde su infancia Moshé Jaim destacó por su brillantez mental y por su impresionante memoria, tal como lo atestigua su maestro en Padua, Rabí Ishaia Basan. Otro de sus maestros fue Rabí Itzjak Lampronti. Dominaba a la perfección el hebreo, el italiano, el arameo, el francés, el latín y el griego. Y, si bien algunos años se dedicó a la poesía y al estudio de la lógica, más tarde se volcó de lleno al estudio de la Cábala. A los catorce años dominaba a la perfección toda la obra del cabalista Rabí Isaac ben Luria (1534-1572), conocido como el Ari Hakadosh. Los sabios de Italia veían al Ramjal como el continuador directo de Rabí Moshé Zejut, extraordinario cabalista. Sus obras no fueron difundidas por el propio Ramjal sino solamente a sus alumnos y compañeros de estudios, a quienes llegó a confesar que muchos de sus textos eran producto de revelaciones celestiales de su maguid -su ángel- las que simplemente le eran dictadas desde las Alturas. Sin embargo, la importancia y la genialidad de sus obras fue pasando de boca en boca, hasta que el cabalista Rabi Rafael Kimji llegó a alabarlo en Venecia ante los sabios locales y públicamente ante la comunidad.





Su fama llegó también a los oídos de Rabí Moshé Jaguiz, Rabino de Altona, en quien despertó sospechas. Temía que su encumbrada sabiduría despertara un movimiento mesiánico, y que también pudiera ejercer la cábala práctica. Por esto comenzó a oponerse al Ramjal y envió una carta a los Rabinos de Venecia advirtiéndoles acerca del peligro que Luzzatto representaba para el judaísmo de la época. Tras intentar defenderse sin éxito a través de una carta explicativa, los escritos cabalísticos del Ramjal fueron prohibidos. Ante la disputa creada, el mismo Ramjal decidió auto censurar sus libros, mas esto tampoco sirvió, y los Rabinos de Venecia decidieron prohibir terminantemente el estudio de su obra. Ante estas nuevas medidas el Ramjal abandonó Italia y se asentó en Amsterdam completamente solo, sin su familia ni sus amigos. A pesar de haber sido recibido con grandes honores en Holanda, se negó a aceptar ayuda económica y se dedicó a trabajar el vidrio para solventar su subsistencia. Entre los años 1730-1735 escribió más de cuarenta libros. Al final de sus días viajó a la Tierra de Israel y se estableció en la ciudad de Acco. Afectado por una peste maligna, falleció a temprana edad y fue enterrado junto al sabio Rabí Akiva en la ciudad de Tiberíades. A pesar de fallecer a los cuarenta años, fue un autor prolífero. Entre sus obras más conocidas se encuentra el Mesilat Iesharim (La senda de los justos), el Derej Hashem (El camino de El Eterno), el Daat Tevunot (La sabiduría del alma), el Klaj Pitjei Jojmd (Las 136 puertas de la sabiduría), y otros. Acerca del Mesilat Iesharim -libro utilizado por todo estudioso de Torá como guía para el crecimiento y el ascenso espiritual- el mismo Gaón de Vilna (1720-1797) dijo que si el Ramjal viviese hubiese atravesado toda Europa a pie para beber de sus enseñanzas. Sobre aclarar que tras su muerte, la obra de Rabí Moshé Jaim Luzzatto fue aceptada por todo Israel, convirtiéndose en un autor clásico entre los estudiosos de Torá de todas las corrientes.
